

MODIFICAR LAS RELACIONES DE PODER

Cristina García Sainz

No es suficiente que las mujeres se incorporen a la ciencia sino que es preciso modificar el discurso que produce la autoridad científica, señala la socióloga española Cristina García Sainz en el siguiente artículo.

-Ya veo que pueden citarse muchos casos de mujeres instruidas en las artes y en las ciencias, pero ahora os pregunto si conocéis algunas que por intuición, saber o inteligencia o ingenio, hayan inventado algunas nuevas técnicas o ciencias necesarias y provechosas que se desconocían antes.

Puedes estar segura –contesta Razón– que muchas ciencias e importantes técnicas han sido descubiertas por la inteligencia y el ingenio femenino, tanto en lo que respecta a la ciencia pura –y ahí están sus escritos– como en el campo de la técnica, como lo prueban algunas invenciones y profesiones manuales. Ahora te daré varios ejemplos.

Cristina De Pizán: La ciudad de las damas. 1405.

Quiero servirme de esta pregunta que formula Cristina de Pizán a la *Razón* para hacer una pregunta: ¿cuántas mujeres científicas conocemos? El escaso número de respuestas que obtendríamos (si hiciéramos el recuento) nos lleva a plantearnos una primera reflexión: ¿Es que no ha habido mujeres científicas? o más bien, ¿es que la historia que nos han transmitido ha ocultado y silenciado la labor científica de las mujeres? Este aislamiento o exclusión de las mujeres tiene que ver con el propio concepto de ciencia; tiene relación con cómo, y de qué manera, se ha entendido o definido la ciencia. Los criterios que han regido, y rigen, el acceso, la participación y el reconocimiento de los científicos resultan de convenciones, de acuerdos, entre científicos donde pugnan distintos intereses y donde intervienen relaciones de poder.

¿Qué es ciencia?

Para empezar conviene aproximarnos a una definición sobre qué es ciencia y qué trabajos y disciplinas merecen ser llamados científicos. Por herencia del pensamiento cartesiano y filosófico del siglo XVIII, habitualmente nos referimos a la ciencia como un conocimiento objetivo, neutro, razonado y exacto; una forma de acceso al saber mediante la observación y la experimentación; una

actividad o experimento llevado a cabo mediante un método, etc. En resumen, relacionamos la ciencia con un conocimiento y un método. Podemos tender a pensar que la ciencia, como las máquinas, es neutra, que no es buena ni mala, que todo depende del uso que se haga de ella. Pero, si la ciencia realmente fuera objetiva, valorativa y neutra no tendría sentido preguntarnos ahora por ella y menos aún hablar de la posible construcción de una ciencia desde el género o una ciencia feminista.

La ciencia es una construcción social y está condicionada por elementos externos a ella misma, es decir, por quién y por qué se construye. La producción científica no se genera en abstracto sino que responde a intereses y objetivos de los sujetos que investigan, y éstos, a su vez, están adscritos a posiciones de clase, de edad y de género. La ciencia no es absoluta, o dicho de otra forma, “las cosas no son lo que son sino el nombre que les ponen”¹ La realidad no es tal y es verdad para una persona (que habla en nombres de la ciencia) sino que es (y debe ser) resultado de múltiples miradas y de distintos puntos de vista.

Las prácticas y el pensamiento (entendido como la forma de construir el mundo) de las mujeres no han sido nombrados, no se les ha puesto nombre. Se han observado sólo parcialmente y sólo

por una parte de sus posibles observadores (menos aún observadoras). Lo que ha sido nombrado como científico son las prácticas y el pensamiento de determinados hombres (en masculino) del mundo occidental.

Si nos fijamos en la etimología de la palabra *ciencia* su significado va más allá de los límites impuestos por la definición positivista, que vincula lo científico con la demostración y la experimentación. *Ciencia*, del latín, *scire*, significa *conocer*; serena, analítica y racionalmente, una realidad dada; conduce a una interpretación de los hechos según normas que incluyen el respeto a la lógica, a la razón y al proceso de refutación de resultados.² No se trata ya de descubrir nada sino de conocer, interpretar y construir la realidad que tenemos ante nosotras/os. Como decía Einstein, el universo no existiría si no hubiese un observador que lo observara. El universo de la ciencia precisa de la observación desde el género, de múltiples miradas, hasta ahora excluidas, capaces de producir ciencia no para una minoría (como hasta ahora) sino desde y para una mayoría de la población.

El proceso de construcción

Los descubrimientos científicos que tuvieron lugar entre los siglos XVI y XVIII dieron un giro importante al concepto de ciencia que había prevalecido hasta entonces. Como sabemos, en estos dos siglos se constituyen la filosofía y la geometría moderna de Descartes (1596-1650), la astronomía de Copérnico (1473-1543), la física de Galileo (1564-1642) y Newton (1642-1727), y la química de Lavoisier (1743-1794). Con Galileo se produce un cambio respecto a la observación de los fenómenos naturales. A este físico y astrónomo italiano le interesa más *cómo* se producen los fenómenos que *por qué* se producen. Se fija más en la cantidad que en la cualidad o la sustancia de los objetos. Quiere fijar con exactitud la medición del movimiento. Al igual que había hecho Copérnico, recurre al *método matemático* halla en él la respuesta a sus preguntas. Le interesa conocer el mundo de los cuerpos en movimiento, y descubre que tienen una explicación matemática. Para estudiar el movimiento, recurre necesariamente a conceptos externos al objeto —es-

pacio y tiempo—, donde los cuerpos en movimiento pueden ser explicados.

Newton, por su parte, se centra en las propiedades y en las leyes experimentales que se pueden observar a partir de los hechos. El *método experimental*, para él, está por encima de cualquier otro; considera que el método inductivo, basado en la observación y en la experimentación, es superior al deductivo que, según dice, se basa en apriorismos (o en axiomas indemostrables). Los hallazgos alcanzados en la modernidad tienen más relación con las ciencias de la naturaleza y las técnicas que con las letras y las artes. Se rehabilitan técnicas empleadas con anterioridad y se implantan métodos experimentales que van a dar a la investigación y a la ciencia un desarrollo no contemplado hasta entonces. Los científicos de la época estaban de acuerdo en la superioridad de las matemáticas frente a otros tipos de observación. Afirmaron que la matemática es la ciencia de la medida (Barrow) y que el objeto de la ciencia era conocer la *cantidad*. Consideraban que la ciencia era neutra, ajena a valores sociales, objetiva, experimental, sometida a principios y a hechos demostrables, es decir, exacta (como la física y las matemáticas). Por suerte, el dogmatismo y la certidumbre en la que se sostenían estos principios iban a ser cuestionados años más tarde.

A principios del siglo XX, Bertrand Russell critica la rigidez y la exactitud matemática por afianzarse en la teoría y desvincularse de los hechos. Dice que la matemática es “la disciplina en la que no sabemos ya de qué cosa estamos hablando, ni si eso que decimos es verdadero”. Considera que el ser humano es dependiente de la naturaleza y está siendo dominado por ella. La certidumbre o veracidad de las ciencias exactas se verá también cuestionada en las décadas de 1920 y 1930 con los enunciados de Gödel (principio de incompletitud o incertidumbre) y Heisenberg (principio de indeterminación), que ponen en cuestión el tradicional absolutismo de la verdad científica. Gödel dice que una teoría no puede ser a la vez coherente y completa. Si se pretende que sea completa hay que renunciar a su coherencia y viceversa. En cualquier teoría siempre habrá un enunciado (o axioma) que, siendo verdadero, será indemostrable.



En 1983, Barbara McClintock (E. E. U. U., 1902-1992) recibe el Premio Nobel de Medicina por su descubrimiento revolucionario de los elementos genéticos móviles.

No se puede, por tanto, verificar la *prueba teórica* (o coherencia del discurso).

Por ejemplo, sabemos que $2+0=2$ y que $2+1=3$. Tendemos a pensar que tal aseveración siempre ha sido cierta y demostrable. Sin embargo, en nuestra cultura católica y occidental, la Iglesia no reconoce la existencia del 0 hasta el siglo XIII. Esta aceptación suponía, de hecho, admitir el vacío, un origen, que se opone al tiempo infinito de Dios. Pensar en el 0 es pensar en un punto de partida, en un paso del no-ser al ser. Los padres de la Iglesia se resistían a admitir tal hecho que en sí mismo es indemostrable (igual que la existencia de Dios). Por otro lado, a principios del siglo XVI, todavía un profesor de Aritmética negaba la existencia del número 1. En un tratado sobre esta materia, Köbel afirmaba: "De esto se deriva que el 1 no es un número sino que es el principio y el fundamento de todos los demás números".³

El 1 se consideraba el principio de la serie de los números naturales. La existencia del 1 es demostrable sólo sobre la base de la existencia de otros números. Los números naturales son abstracciones realizadas a partir de las cosas y de los elementos que se encuentran en la naturaleza y en los seres humanos. Los números enteros (-1, -2...), sin embargo, surgen a partir de operaciones de sustracción con los naturales, pero son tan indemostrables como los imaginarios, como, por ejemplo, la raíz cuadrada de -1.⁴

Cualquier demostración científica ha de ser expuesta también a la prueba empírica, es decir, a su adecuación a la realidad. Heisenberg sostiene que no es posible determinar, al mismo tiempo, la posición y el estado de movimiento de una partícula, pues, si fijamos el movimiento tenemos una onda, mientras que si fijamos la posición tenemos una partícula.⁵ Aplicado a la investigación sociológica, este enunciado muestra la imposibilidad de examinar, a un tiempo, el momento y la evolución de un fenómeno social. (Algo similar a la observación de una foto y una película de cine: la foto nos fija el momento, la película muestra el continuo movimiento, la evolución. Es imposible contemplar las dos cosas a la vez). La observación dependerá del interés que tenga la persona que investiga y de los objetivos por ella marcados.

A pesar del relativismo del que se impregnan estas teorías, tanto en la producción como en la enseñanza de la ciencia, ha prevalecido la orientación positivista, que postula la objetividad absoluta, la neutralidad axiológica y la independencia del contexto social e histórico. La hegemonía de este pensamiento ha supuesto, de hecho, el aislamiento y la marginación de la ciencia, no sólo de otras disciplinas no experimentales, sino también de aquellas actividades desarrolladas en el ámbito de la vida doméstica y privada, donde las mujeres tenían una autoridad reconocida.⁶

Como ejemplo, cabe señalar el proceso por el que las mujeres fueron excluidas del saber en medicina. Ellas actuaban como matronas especializadas en el oficio de asistir a partos, y en asuntos de reproducción y salud, avaladas por su experiencia y la transmisión de conocimientos. En los siglos XVII y XVIII empiezan a ser separadas de este trabajo por medio de la exigencia de un título para ejercer la profesión, del cual ellas carecen, al estarles negada su asistencia a los centros de enseñanza. Los cirujanos, que adquirieron su formación en la universidad, fueron poco a poco desplazando a las matronas del ejercicio y del saber científico en el campo de la medicina.

Al margen de la ciencia

Podría pensarse que con el impulso y desarrollo de las ciencias sociales, a partir del siglo XIX, iban a tenerse más en cuenta la estructura y las condiciones sociales, la diversidad de grupos y de colectivos que conforman la realidad, y que esta ampliación de enfoques podría contribuir a mejorar la forma de adquirir y de producir conocimiento. Sin embargo, no sería así.

En la filosofía de la ciencia fue, Francis Bacon (1561-1626) quien se encargó de sustituir la lógica deductiva por la experimental e inductiva. Con este filósofo inglés se confirma la mutación a una "nueva ciencia", caracterizada por el predominio de la observación de la cantidad o *cuantificación* frente a la percepción de la calidad. De esta manera, el espacio de lo *sensible* quedaba definitivamente separado del espacio del conocimiento. Esta "nueva ciencia" promulgada por Bacon no está exenta de connotaciones de géne-

ro. En su *Novum organum scientiarum* (1602), explica que “la ciencia anterior representaba sólo un descendiente femenino, pasivo, débil, expectante, pero ahora ha nacido un nuevo hijo masculino, activo viril, generativo”.⁷ Además de semejante hallazgo, su percepción se refuerza con vínculos de poder que otorgan a la ciencia una *fuerza* capaz de someter a la naturaleza a los deseos de los *hombres*.

Descartes (1596-1650) se sintió realmente inspirado cuando descubrió que la matemática era la clave para revelar los secretos de la naturaleza. Sin embargo, se vio obligado a realizar un ajuste con aquellos objetos que no encajaban en el campo de lo matematizable, y enunció el conocido dualismo cartesiano que hace referencia a la disociación entre el mundo de lo pensante (res cogitans) y el mundo de los objetos físicos, dotados de extensión, figura y movimiento (res extensa), susceptibles de ser medidos.

Los fundadores de la ciencia moderna se adhirieron a las posiciones patriarcales de Bacon y, de ese modo, el saber y el conocimiento quedaban ligados a un quehacer masculino, privilegiado y productivo.⁸ En el campo de la economía, aparecen, con W. Petty (1623-1687), enunciados que más tarde, con Adam Smith, entrarían a formar parte de la recién bautizada ciencia económica. Este economista inglés halló una explicación de la creación de riqueza en la conjunción del trabajo y el fruto de la tierra, que resumió en su conocida sentencia: “el trabajo es el padre y la tierra es la madre”. Mediante esta simbología no hace sino confirmar la perfecta sintonía, basada en la escisión entre géneros, respecto a la producción, la economía y la ciencia. Entre los llamados “padres” de la Sociología –Marx, Durkheim o Weber–, a pesar de las distancias que les separan en los contenidos de sus teorías, podemos hallar puntos comunes cuando observamos sus enunciados a la luz de las relaciones de género.

Si bien es cierto, como dice M. Fernández Enguita⁹, que el marxismo ha contribuido a impulsar movimientos de liberación de las mujeres en aquellos lugares donde ha tenido una fuerte implantación, también lo es que tal impulso no se ha debido tanto a un posicionamiento de Marx junto a la

causa de las mujeres, sino al componente trasgresor del conjunto de su doctrina. Marx se centró en analizar el trabajo en tanto que generaba acumulación capitalista y dejó fuera de su examen aquellas formas de trabajo que, desde su punto de vista, no contribuían a la creación de capital. Desde esa perspectiva, los trabajos no remunerados que no tenían precio de mercado carecían de interés para su teoría. La posición de Marx respecto al trabajo ha tenido una gran influencia más allá del mundo académico. Concretamente, en lo que respecta al feminismo, dio pie, en los años sesenta y setenta, dentro y fuera de nuestro país, a controvertidas polémicas que se han recogido bajo el nombre de “debate sobre el trabajo doméstico”¹⁰ Los esfuerzos realizados acerca de la exigencia de reconocimiento del trabajo de las mujeres poco ha repercutido en los registros e indicadores económicos; sin embargo, cabe ser algo más optimistas en cuanto a su repercusión en el campo de las ideas; desde entonces, las tareas domésticas adquirieron el status de verdadero trabajo.

Si nos fijamos en Durkheim, tenemos que observar que también él enunció sus teorías al margen de las mujeres. Cuando escribe *El suicidio*, contraviene sus propias reglas –cómo es la de explicar lo social por lo social– cuando tiene que abordar el comportamiento diferencial de las mujeres. En sus conclusiones, sobre la incidencia de este fenómeno social, afirma que los suicidios disminuyen entre la población casada, pero tiene que buscar un argumento para dar cuenta de un dato que no encaja en su exposición como es la tasa superior de suicidios entre las *mujeres casadas*. Durkheim encuentra fuera de lo social, en la biología femenina, la explicación a ese fenómeno. No duda en situar a las mujeres en la naturaleza, y dice de ellas que son seres fosilizados o puramente biológicos, que no se ubican firmemente en los circuitos de la vida social.¹¹

Podríamos continuar con Comte, Weber, Simmel, Le Play... y muchos otros. Weber, por ejemplo, trata de establecer una clara separación entre lo objetivo y lo subjetivo, de lo que considera actuaciones racionales (que asocia al dinero y el mercado) de lo irracional o afectivo. En una carta a su esposa Marianne, que por cierto fue una escritora y una feminista destacada, Weber le recomienda:



“cuando se te revelen los afectos, debes dominarlos para conducirte a ti misma con una mente serena”. José María González muestra en un interesante artículo sobre Weber¹², la relación entre la labor científica de éste y la influencia que recibió de las mujeres que le acompañaron a lo largo de su existencia. Al hilo de este análisis, pone de manifiesto que es a partir de las relaciones reales como se construye la teoría; con ello no hace sino afirmar la conexión entre la vida y la teoría.

En todos ellos se haya un constante desinterés por el género, pero tal marginación no crea ningún tipo de controversia en la proyección científica de sus obras sino que, por el contrario, sus declaraciones están en consonancia con los propósitos de la nueva ciencia surgida en la modernidad. ¿Qué pasaría si, como sugiere M. A. Durán,¹³ cambiáramos el lugar de las palabras y pusiésemos en boca de mujeres (dirigiéndose hacia el otro género) las afirmaciones que los científicos han pronunciado sobre ellas? ¿Seguirían disfrutando del espacio privilegiado que les concede la aceptación de sus obras?

Los “padres” de la sociología obtuvieron el reconocimiento de la ciencia a pesar de sus enunciados androcéntricos. Lo mismo puede decirse de otros teóricos de la medicina o la psicología. Todos ellos asentaron una perspectiva de la ciencia como masculina, objetiva y dotada de poder, opuesta a una “mala ciencia” que se asocia a lo femenino, lo subjetivo, lo sentimental, el amor y la naturaleza.¹⁴ Su saber parcial, masculino, ha sido tomado, cual sinécdoque, como propio del género humano o del sujeto universal.

Conflictos actuales entre ciencia y género

A partir de los años sesenta, en el campo de las ciencias sociales, los estrechos límites impuestos por la ciencia positiva se han ido ampliando, a una noción del conocimiento más abierta y preocupada por condicionamientos externos que influyen en el ámbito de lo científico. En este sentido, una disciplina científica como la Sociología no pretende ser una ciencia positiva, experimental o neutra (aunque haya sociólogos empeñados en ello) sino una ciencia racional, rigurosa, acumulativa, abierta y crítica.¹⁵

Las innovaciones en la filosofía de la ciencia, iniciadas hace treinta años (sobre todo por Kuhn), alentaron la participación de las mujeres en la ciencia, entendida ésta como proceso de creación sometido al tiempo e influido por el contexto en el que tiene lugar. Esta nueva perspectiva, que se dejó sentir más en las ciencias sociales que en las naturales, abrió las puertas a enfoques menos afectados por la rigidez de los cánones tradicionales en los que la ciencia se había desarrollado, a la vez que proporcionaba posibles vías de innovación y de cambio, desde la participación femenina en la elaboración científica. La incorporación de las mujeres a la investigación, tanto como sujetos investigadores (investigadoras) como objeto de investigación (estudios de género), ha sido extraordinaria en los últimos veinte años en España. Se ha producido una diversificación en los temas de investigación elegidos y se ha ampliado no sólo el número sino también el reconocimiento, el prestigio y la autoridad de expertas, profesionales e intelectuales. Sin embargo, esta corresponsabilidad en la producción científica no ha producido la paralela incidencia que cabría pensar en los ámbitos institucionales de poder.

Como institución social, la comunidad científica reproduce las diferencias y desigualdades existentes en la sociedad; en términos generales, las elites del poder, como las elites de la ciencia, se reproducen a sí mismas. No todo saber, maestría o conocimiento adquiere categoría de científico; el reconocimiento para la producción científica está sujeto a condicionamientos externos, y lo otorga la institución de acuerdo con sus expectativas que, como sabemos, se vinculan a los grupos y clases sociales a los que pertenecen. Las instituciones de poder en el mundo de la ciencia acuerdan qué es trascendente y qué es efímero, deciden cuál habrá de ser un descubrimiento exitoso y cuál una simple aportación, qué es lo verdadero (en nombre de la ciencia) y qué lo acientífico.

Lo que es y debe ser ciencia, y lo que forma o no forma parte de la doctrina científica, sigue siendo resultado de una convención entre científicos, que dictaminan su aceptación o rechazo a nuevas propuestas de acuerdo con criterios endogámicos de status, clase y género, es decir, elementos ajenos a

la propia ciencia. En las ciencias sociales, como en las naturales, la investigación está inmersa en relaciones de poder. La característica de las ciencias sociales es que, a diferencia de las naturales, los objetos de investigación son, a la vez, sujetos de estudio. Sobre estas relaciones de poder se forma un triángulo de acceso al conocimiento según el cual el poder no sabe pero sabe como saber (puede y quiere saber); los investigadores, a priori neutrales, no saben pero saben como saber, y la población (objeto de investigación) sabe pero no sabe que sabe. El poder obtiene información, la transforma (vía marketing) y la devuelve a la población en forma de marca o de norma. En una investigación participativa se trata de modificar estas relaciones entre quienes saben y dicen, y quienes son dichos.

Una investigación que contempla e investiga no sólo el objeto sino el proceso por el cual el sujeto observa al objeto es una investigación de segundo orden. Tener en cuenta el sujeto que investiga supone atender a sus condicionantes, sus relaciones y sus objetivos de estudio, es decir, a su por qué, para qué y para quién. Es el ejercicio, no ya de una ciencia relativa, sino de un conocimiento reflexivo, que se pregunta y trata de dar respuesta a nuevas interrogantes. Es preciso tener en cuenta la relación que existe entre ideología y ciencia. La autoridad científica refuerza y transmite su ideología sirviéndose de los medios de comunicación para difundir sus posiciones y hacer crecer el interés por los temas en los que trabaja. Trata de crear un clima favorable entre la opinión pública respecto a sus expectativas y sus hallazgos. Busca legitimar una idea (la suya) que intenta convertir en lógica (ideológica). Adquiere así capacidad para gestionar la investigación y obtener recursos económicos y materiales para continuar su labor.

Hemos tratado de mostrar que la ciencia es una construcción social. En ese sentido, es posible entender el avance de la ciencia desde una posición absolutista a otra relativa y, luego, progresar hacia un conocimiento científico reflexivo. No es suficiente con que las mujeres se incorporen a la ciencia sino que es preciso *modificar el discurso* que produce la autoridad científica. La construcción de la ciencia no puede seguir haciéndose desde la ideología (una idea de pocos para mu-

chos) sino desde la dialogía (dia-logía), basada en el *diálogo*, que trata de convertir en lógico el discurso adquirido con la participación de todas las voces posibles. De esta manera se da forma a un nuevo proceso para conocer, interpretar y construir la ciencia

Notas:

1. Prólogo de Francisco Murillo al libro de M. Beltrán: *Ciencia y sociología*. Madrid: CIS, 1988.
2. Giner, S.; Pérez Yruela, M.: "El status científico de la sociología". En: *Fronteras de la ciencia y la tecnología*, CSIC, Nº 11, abril-junio, 1996, pág. 13.
3. Cf.: Frey, G.: *La matematización de nuestro universo*. G. del Toro, editor, Madrid, 1972, pág. 13.
4. Los números naturales se estructuran a partir de la axiomática de Peano (1858-1932). Este italiano, especializado en lógica matemática, es el creador de un simbolismo lógico que se utiliza para sistematizar de forma deductiva la aritmética.
5. Ibáñez, J.: *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago de Chile: Ed. Amerinda, 1991, pp. 19-20.
6. Solsona, N.: *Mujeres científicas de todos los tiempos*. Madrid: Talasa Ediciones, 1997, pág. 73.
7. Id., Ib.
8. Fox Sèller, E.: *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Ed. Alfons El Magnánim. 1991, pág. 62.
9. Fernández Enguita, M.: "El marxismo y las relaciones de género". En: *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. M.A. Durán, editor. Madrid: CIS, 1996, pp. 53-54.
10. Sobre este tema hay bastante bibliografía. Las posiciones de las distintas autoras (y algunos autores) se referían a la productividad del trabajo doméstico, a la noción de modo de producción y a su posible aplicación al ámbito familiar, etc. Puede verse una descripción de las distintas posiciones en C. Carrasco: *El trabajo doméstico. Un análisis económico*. Madrid: Ministerio del Trabajo y Seguro Social. Madrid, 1991. En el marco del debate feminista, puede consultarse la obra de P. Uria et al. *Polémicas feministas*, Madrid: Ed. Revolución 1985.
11. Ramos Torres, R.: "Los saberes del patriarca: Émile Durkheim y el suicidio de las mujeres". En: *Mujeres y hombres...* Op. Cit., pág. 69.
12. Citado por José María González en "Max Weber: razones de cuatro nombres de mujer". En *Mujeres y hombres...* Op. Cit., pág. 189.
13. Durán, M.A.: "Ortega como pretexto". En: *Mujeres y hombres...* Op. Cit., pág. 227. Esta obra, en la que participan 16 especialistas de la Sociología, autores y autoras de distintos centros universitarios y de investigación, de diferentes puntos de la geografía española, resulta hoy imprescindible para conocer cual ha sido el aporte de los grandes teóricos de la Sociología respecto a las relaciones de género, y cómo la han expresado a través de sus obras.
14. Durán, M.A. editor. *Mujeres y hombres...* Op. Cit., pág. 5.
15. Giner, S.; Pérez Yruela M., "El status científico..." Op. Cit., pág. 13.

Cristina García Sainz, profesora de sociología, Universidad Complutense de Madrid.

Fuente:

"El acceso de las mujeres a la ciencia y la tecnología". Instituto Universitario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid. Dirección General de la Mujer/Comunidad de Madrid, 1998.

Editado y condensado por *Perspectivas*.